

## NADIE LO HUBIERA CREÍDO

*Bruno Maxwell*

La tarde del sábado era agradable, Azahel, Tommy, El Zuly y Mirgo, estaban en la esquina de la tienda, esa esquina que siempre los reunía a ellos y a la demás raza del barrio. Allí se encontraban platicando sobre cosas que habían hecho. De pronto Azahel les dice:

\_\_ ¡Muchachos! ¡Vamos con el Moly a pedirle prestado su carro! Ya saben que es buena onda y nos lo va a prestar y nos vamos a ruiciar.

Emocionado Mirgo replicó:

\_\_ ¡Sí! ¡Vamos! Quiero ir a dar la vuelta para ver a las morritas.

Tommy, hermano del Moly expresó:

\_\_ Pero no va a querer que lo maneje quien sea, debes pedirselo tú Zuly, a ti sí te lo presta fácil.

El Zuly accedió y se fueron aprisa rumbo a la casa de Tommy. Sabían que el Moly era muy tranquilo y después del trabajo de los sábados no salía, pues en la fábrica que trabajaba, desempeñaba una labor muy pesada, que lo dejaba exhausto, sin ganas de nada, sólo de descansar.

Llegaron y el Tommy entró a su casa. Enseguida salieron los dos hermanos, ambos eran personas muy tranquilas, nunca se metían con nadie. Todos en la colonia los apreciaban mucho por eso.

Se saludaron como buenos amigos y el Mirgo fue el primero en hablar.

\_\_ Moly, queremos que nos hagas un favor, queremos ir a ruiciar y pues queremos que nos prestes tu carro. Se quedó callado por un instante y antes de que hablara, el Zuly tomó la palabra.

\_\_ Yo me hago responsable de lo que le pase a tu carro.

Era obvio, pues Azahel tenía diecisiete años y no trabajaba ni estudiaba; el Tommy, dieciséis años, aunque estudiaba no trabajaba, el Mirgo, recién expulsado de la secundaria, trabajaba en una gasolinera. El Zuly, diecinueve años, chofer de camiones grandes, podía, según él, responder por todo. El Zuly continuó diciendo:

\_\_ Vamos a ir la Ruiz a dar unas vueltas y al Bulevar y te lo traemos temprá. El Moly dijo:

\_\_

*Bruno Maxwell*

Ahorita son las seis y media de la tarde, a más tardar me lo traen a las diez y media de la noche, y me lo dejan con gasolina. Sacó las llaves de la bolsa de su pantalón y se las entregó al Zuly.

Ansioso, el Mirgo no veía el momento de subirse al carro y empezar a dar vueltas ruiciando, ese modo de ir a ligar y ver gente en la calle principal de Ensenada, B. C., costumbre que tiene muchos años de llevarse a cabo, como en cualquiera otra ciudad.

Se dirigieron al centro, iban cantando la música que se escuchaba en la estación que traían en sintonía.

Dieron la primera vuelta completa, es decir, tomar toda la calle primera y entrar a la avenida Ruiz y luego viceversa, les llevó como veinte minutos, era obvio, ya que era temprano y, aunque había mucha gente caminando, no era así con los carros, así que el tránsito no estaba tan lento. Dieron aproximadamente cinco vueltas y se detuvieron en una esquina colateral, se bajaron y se encaminaron a la avenida Ruiz. Llegaron y se pararon en un espacio que había, pues a esa hora ya había mucha gente parada sobre las banquetas y más gente caminando.

Empezaron a platicar y ver a la gente que pasaba y pasaba. Le silbaban a las muchachitas que traían minifalda y así se la pasaron un rato, vacilando entre ellos. De pronto, Azahel dice una ocurrencia.

\_\_ Deberíamos ir a la playa, vamos a comprar una caguama y nos la aventamos en el carro agarrando cura. Inmediatamente lo secundó Mirgo. Tommy, dijo que él no quería tomar y el Zuly dijo:

\_\_ ¡Órale! ¡Vámonos de aquí!

Se regresaron a carro, al tiempo que aseguraban que volverían más tarde a seguir ruiciando.

Llegaron a un expendio de licores y el Zuly compró dos caguamas bien frías, se las dieron en dos bolsas de papel, la forma clásica de los borrachitos. Se enfilaron a la playa. Al llegar, destaparon las botellas con la hebilla del cinto y empezaron a tomar pasándose las caguamas como si fueran botellas de agua. No les duraron ni siquiera media hora cuando ya no había nada. Mirgo les dijo:

\_\_ ¡Vamos por más!

\_\_ ¡No! ¡Ya no!, dijo el Zuly.

— ¡No seas zacatón! replicó Azahel. ¿A poco tienes miedo tomar más?

— ¡No, pero yo traigo el carro!

Y le dijo Mirgo, muy seguro de sí, animándolo:

— ¡Yo te ayudo a manejar, ya sabes!

El Zuly accedió y fueron de nuevo al expendio de licores, pero ahora compraron cuatro caguamas. El Zuly compró dos y Mirgo, dio el dinero para las otras dos. Entró, cogió las botellas y unas frituras como botanas. Hasta el expendio se escuchaba el escándalo que tenían sus compañeros en el carro, pues estaban cantando a todo volumen y no les importaba que la gente que llegaba a comprar los escuchara, ellos felices, hacían gala de sus voces descuadradas y desafinadas, como si se tratara de un concurso para ver quién gritaba más fuerte y más feo. Llegó al carro y les dijo que en vez de estar llorando así, que le ayudaran.

Envueltos en su juega y la inigualable emoción de andar dando la vuelta con los amigos del barrio y en carro, era un acontecimiento que muy pocas veces les podrían ocurrir y no lo iban a dejar pasar sin disfrutarlo, pensaban, y eso hacía más frenética la situación que estaban viviendo.

Oscurció y ellos todavía en la playa, con las palabras atropelladas por la torpeza que les ocasionaba la cerveza al hablar, platicaban sentados en la arena. Veían las olas cómo rompían y su espuma blanca iluminaba la orilla como si fueran una lámpara gigantesca. El olor a mar los envolvía y el aire frío envuelto de brisa, hacía de la noche algo especial. Una noche realmente inolvidable.

Se podía divisar toda la Bahía de Ensenada. Los barcos de pesca amarrados en los muelles, listos para zarpar como todos los días, en busca de los pescados que mantenían el mercado activo de la industria pesquera ensenadense, una de las más importantes del noroeste del país.

De pronto, sin mediar palabra, Mirgo se levanta emocionado.

— ¡Vamos a Tijuana! ¡Vamos a la “Cagüila”!

Sabían que ese lugar era la Zona Roja de Tijuana, y como nunca habían ido, ya con las cervezas que se habían tomado, les importaban poco las cosas que pudieran ocurrir, y por supuesto, se les olvidó la entrega del carro antes de la diez y media de la noche. Tommy se tomó una caguama y se botó, así que no había obstáculo para ese cometido.

El Zuly fue el primero en subirse al carro y les dijo:

— ¡Vámonos pero ya! ¡Antes de que me arrepienta!

Corrieron al carro y se subieron jubilosos, Tommy estaba dormido en el asiento del copiloto, así que Azahel y Mirgo se fueron en la parte posterior del carro.

A Tijuana, por la carretera vieja, en aquel tiempo la única, se hacían, aproximadamente, una hora con veinte minutos a velocidad moderada desde Ensenada, ellos llegaron en cuarenta y cinco minutos. En el trayecto a Tijuana, los detuvo la Federal de Caminos, por exceso de velocidad, traían las seis botellas de caguama vacías en el piso, y las taparon con las piernas, pues el oficial empezó a echar la luz de su lámpara hacia adentro y al parecer no las vio. Regañó al Zuly y le recomendó manejar más despacio. Todos estaban muy asustados, porque sabían que el Zuly estaba borracho y no supieron cómo le hizo para que el policía no lo notara, pues hasta se bajó a hablar con él y le dijo muchas mentiras, que iban a ver a un tío a Tijuana que estaba muy grave. El policía se la creyó y los dejó ir.

El Zuly era buen chofer, les inspiraba confianza, pues se sentía muy seguro y así los hacía sentir a ellos también.

Ya en Tijuana, específicamente en la Coahuila, mejor conocida como la “Cagüila” o Zona Roja de Tijuana, empezaron su recorrido, primero en el carro, después de dos vueltas, vieron que había mucho ambiente, estacionaron el carro como a tres cuerdas de las cantinas, en un lugar muy feo, pero que era el único lugar que habían encontrado. Se encaminaron a su destino esperado con ansias, iban muy emocionados, pues no había ningún familiar ni conocido que les dijera nada, así que se sentían muy galanes, caminando con mucha prepotencia. Al ingresar a la zona, empezaron a ver muchas mujeres en las aceras con muy poca ropa, algunas por las ventanas de unas casas que se podían apenas divisar en los oscuros pasillos, les hablaban para que pasaran. Se detuvieron en una tienda de licores que estaba en una esquina y compraron chicles y el Zuly les dijo:

— ¿Sabes qué? Que cada quien vaya a donde quiera, pero en una hora nos vemos aquí en los licores. Pero tú Mirgo, no te metas a ninguna cantina, porque te pueden llevar al bote y ya sabes en la bronca que nos vamos a meter.

— No me importa meterme a ninguna cantina, comentó, aquí en la calle hay mucho refuego, aquí voy a andar.

Ellos se fueron y le dejaron las llaves, por si le daba sueño, le dijeron que se fuera a dormir al carro.

Empezó a caminar y casi a cada diez metros se encontraba con una o dos muchachitas menores de edad muy pintadas y con muy poca ropa ofreciéndose por veinte dolares o menos. Dio varias vueltas, nunca se imaginó un mundo así, fue su impresión tan grande, que la emoción que lo había empujado a convencerlos para venir a Tijuana, a la Zona Roja, para ver mujeres desnudas y andar trajinando al garete, sin importarle su casa, sus papás y nadie, desapareció, pues aunque a su edad, aun como menor, en Ensenada se movía por donde fuera, no le importaba el peligro, siempre que hubiera emociones fuertes, ahí estaba él. Siempre buscando problemas, pero esto que estaba viviendo era distinto, y precisamente, al momento de estar pensando en las cosas que estaba viendo, escuchó una voz femenina...

— ¡Hijo, ven!

Volteó y vio a una señora muy pintarrajeada con cabellos güeros y una minifalda que dejaba ver la pantaleta blanca casi transparente. Se quedó parado como hipnotizado, ella se acercó y sin darle tiempo de nada y él sin esperarlo, le agarró su cosa y le dio mucha vergüenza y miedo, ella le dijo:

— No te pasará nada, ven a mi cuarto, no te voy a cobrar nada.

Y lo jaló del brazo, él violentamente reaccionó.

— ¡Suélteme!

Al tiempo que escurrió su brazo de sus manos y se alejó a toda prisa refunfuñando.

Un tanto desconcertado, volteando para todos lados, buscando a los demás, esperaba verlos ya, pues para el tiempo que habían quedado, creía que lo andarían buscando apurados, y como sólo ellos podían meterse a las cantinas, pues los tres son muy altos y ya tenían bigote y realmente se veían grandes, él, era muy chaparro y, además, con cara de niño, no tenía esperanza de entrar a un bar sin que, a las primeras de cambio, le echaran fuera. Por eso cumplió su palabra de no meterse a ninguna cantina. Ya se estaba desesperando de no verlos. Él sabía que estaban viendo los shows de streap tease.

Ya pasaban de las tres de la mañana y en la Cagüila y sus alrededores, la vida transcurría como si fueran las seis de la tarde. A dos cuadras de las cantinas, podía ver niños jugando futbol, a esa hora en la calle, señoras y señores sentados, afuera de sus casas platicando, como si fuera una tarde de descanso. Mirgo no entendía qué pasaba, estaba confundido con todo eso que le estaba pasando. No podía creer lo que seguía viviendo, pues en Ensenada, ni pensar en lugares así, aunque conocía el bajío, como le llaman a la Zona Roja de Ensenada, ni al caso con Tijuana, mucho menos ver niños a las tres de la mañana jugando futbol en la calle y la policía sin decirles nada. Por eso se dio cuenta que no corría tanto peligro él como menor de edad, andar caminando a esa hora, era normal en ese lugar. Cuando se encontró de frente con un señor, le preguntó la hora y le dijo que eran las tres con quince, se le hizo muy tarde ya y no sabía en qué cantina estarían los muchachos. Dijo, aunque rompa mi promesa, no me importa, los voy a buscar cantina por cantina para irnos ya.

Se metió a la primera cantina que estaba frente a él y al abrir la cortina para entrar chocó con las personas que estaban paradas, el lugar estaba atascado de gente, no se podía ver nada, y menos él con su estatura. Había variedad, parecía que estaban bailando varios artistas en la pista y se fue metiendo como pudo. Llegó casi a la pista del show y vio tres mujeres muy bonitas bailando desnudas y toda la gente, hombres y mujeres que estaban como espectadores les gritaban de cosas para que se abrazaran y se tocaran. Mirgo, con los ojos casi al borde de la explosión, por lo que veía, lo asustó repentinamente una voz.

— ¡Hey! ¡Muchacho! ¡Lárgate de aquí!

Y le dijo desesperado y asustado

— ¡Estoy buscando a mi hermano!

— ¡Salte o te van a llevar al bote!

Se alejó y buscó a los muchachos y pudo darse cuenta que ahí no se encontraban.

Salía y se metía a cada una de las cantinas hasta que encontró a Azahel muy tomado, abrazado de una señora muy mayor, casi anciana y le quitó el brazo con el que la tenía abrazada y le sacudió la cara fuerte.

— ¡Azahel! ¡Vámonos, ya es muy tarde!

Se medio despertó, se levantó, y sin decirle nada a la señora, se salieron de la cantinucha, que la verdad, por los gestos que Mirgo hizo al entrar, estaba y olía horrible.

Le preguntó por el Zuly y por Tommy, le dijo entre dientes que le dijeron que estarían en el "Africano". Dejó en el carro a Azahel y se regresó a buscar tal bar. Vio que era la cantina más grande del lugar, pues abarcaba media cuadra. Al entrar, lo primero que vio fue al Zuly muy platicador con varias personas, como si se tratara de una fiesta de quince años, muy quitado de la pena, eso sí, pensó, que seguramente se habría bebido toda la barra, misma que quizás estuviera produciendo varios tornados y huracanes en su panza, porque no dejaba de tambalearse como pera de box de piso. Tommy, estaba como embelecido o como tarado, más bien dicho, viendo bailar a una chica en la pista. Se le acercó y lo levantó de un manotazo bien dado en la espalda.

\_\_ ¡Ya ni la friegan! ¡Dijeron que una hora y ya pasan de las cuatro de la mañana! ¡Vámonos ya!

Y el muy descarado dijo:

\_\_ ¡Espérate tantito! ¡Ya se va a acabar la variedad, sigue la más buenota!

\_\_ ¡Vámonos! ¡Pero ya! ¡Si no me hacen caso, me llevo el carro! ¡Al cabo Azahel ya está dormido en él!

Tommy se levantó indignado, fue con el Zuly, no tardó mucho en convencerlo y se lo trajo.

Mirgo notó que el Zuly estaba más borracho de lo que se había imaginado, en esas condiciones, pensó, no podría manejar en esa carretera tan peligrosa y a esas horas, así que se adelantó y se subió como chofer. El Zuly enojado y con voz gritona renegó.

\_\_ ¡Zácate enano, ni siquiera alcanzas los pedales! ¡Yo voy a manejar, sentenció.

Mirgo se aferró al volante.

\_\_ ¡No Zuly! ¡Estás bien pedo! ¡No puedes manejar así! ¡Entiende que vamos a carretera y es muy peligrosa, dame chanza!

\_\_ ¡No seas maricón, yo sé manejar así! ¡Ándale, quítate!

No le quedó más remedio que quitarse del volante e irse para atrás.

Emprendieron su regreso, Azahel venía dormido en el asiento de atrás con la cabeza recargada en el vidrio lateral. Mirgo venía acurrucado a un lado de él, hacía mucho frío. Levantó la cabeza y pudo ver que entraron a un denso banco de niebla. Podía escuchar que con cualquier balanceada del carro, las llantas rechinaban, Mirgo un tanto preocupado.

\_\_ ¡Zurdo, no vayas tan recio!

Y con voz aguardentosa sentenció.

\_\_ No seas nena, ¡Duérmete, es lo que deberías de hacer!

Mirgo venía con mucho pendiente, no podía dormir, aunque la velocidad era su fascinación y no le daba miedo nada, según él, en ese momento, tenía mucho miedo, mucho frío, levantaba la cabeza para ver hacia enfrente y no veía nada, por la neblina que envolvía al camino, y aun así, el Zuly seguía a gran velocidad, cada curva se le hacía eterna, pues a veces contaba el tiempo que las llantas rechinaban y tardaban hasta cinco segundos haciendo el ruido, pensaba, *que no nos pase nada Diosito, por favor*, cuando de pronto oyó que el Zurdo gritó:

\_\_ ¡Ay, qué pasó! ¡Agárrense!

Mirgo levantó la cabeza para ver hacia enfrente y no se veía nada puras rayas, y vio que iban de costado, sobre la carretera, cuando quiso gritar, fue tan rápido, que de pronto no supo de él. Pegaron contra el paredón y con el impacto se fueron al barranco. Perdió el conocimiento, por unos minutos, cuando despertó, no sabía qué había pasado, le dolía mucho la cabeza. Entre el olor a quemado, a aceite y todo desconcertado, comenzó a reaccionar sobre el accidente, estaban los cuatro dentro de carro, no se veía nada, sólo las luces del carro estaban apuntando hacia arriba, a la carretera, empezó a gritarles \_\_ ¡Zuly, Azahel, Tomás! ¿Están bien?

El primero en contestar fue el Zuly, dijo:

\_\_ ¡Sí, estoy bien, el que no contesta es el Tommy!

\_\_ Yo estoy bien G. a D. dijo Azahel.

Mirgo sintió que el carro se mecía cada vez que se movían y rápido les dijo:

\_\_ ¡No se muevan! ¡No sabemos donde caímos!

El Zuly empezó a tratar de abrir su puerta pero parecía que estaba atrancada, y le dijo Mirgo:

\_\_ ¡Espérate! Voy a salir y te abro por fuera.

Cuando intentaba salirse por la ventana de la puerta del copiloto, el Zuly pudo abrir su puerta y, repentinamente al empujar violentamente la puerta con el hombro, se fue hasta abajo del barranco, oyeron los gritos espantosos que daba cuando iba cayendo. Se quebró un brazo, se abrió la cabeza, golpes y contusiones en todo el cuerpo, lo que no le pasó con el choque, le pasó en esa caída. Azahel, sangraba mucho de la nariz y le dolía mucho una rodilla. Tommy había quedado inconciente, pero ya había vuelto en

sí, pues quebró la ventana lateral con la cabeza y tenía una cortada bastante grande en la cabeza, Azahel se quitó su camisa y se la amarró a Tommy sobre la herida, para evitar que se desangrara más, al parecer, también tenía fracturado el brazo derecho. Mirgo, afortunadamente, sólo sufrió contusión en el pómulo derecho y una leve cortada en su brazo, producto del impacto. El cinturón de seguridad les había salvado la vida, qué paradoja, el Zuly, que por venir manejando tomado, a exceso de velocidad, los había arriesgado a la muerte, también era cierto que, gracias a que les exigió que se pusieran el cinturón de seguridad, estaban vivos, con heridas que podían sanar rápido.

El carro quedó como a quince metros de profundidad, de un barranco que tenía como treinta y cinco metros, más o menos, de hondo. Quedaron atorados entre rocas, con las luces hacia arriba. El lado derecho estaba totalmente destruido, por lo que las puertas no abrían, se salió por la ventana para ir a ver al Zuly, gritó desesperado:

— ¡Zuly!

No contestaba, como ya se habían acostumbrado a la oscuridad, pudo notar que el carro, aunque se recorriera ya no se iría más abajo, pues había una enorme roca que lo podía sostener. Les pidió a Azahel y a Tommy que se bajaran con mucho cuidado, que iría a ver al Zuly ya que no contestaba. Fue hasta donde se encontraba y al llegar lo vio muy mal, empezó a llorar porque pensó que estaba muerto y en su desesperación le comenzó a reclamar.

— ¡Por qué no me hiciste caso güey! ¡Ya ves, ahora qué vamos a hacer!

De pronto, vio que movió una mano y se quedó frío.

— ¡Zuly, estás vivo!

Abrió los ojos exclamando...

— ¡Sí!

Con voz entrecortada preguntó

— ¿Dónde están los demás?

Allá arriba, están bien G. a D.

Ya pasaban de las cinco de la mañana y todavía estaba oscuro.

— Mirgo, vete a Ensenada a pedir ayuda, dile a tu papá que traiga su camión para que nos ayude a sacar el carro.

— Zuly, el carro ya no sirve, está totalmente destrozado, se le quebró toda la transmisión y la carrocería quedó inservible. Voy a ir a Ensenada a pedir ayuda para que los atiendan a ustedes. Voy a pedir raite.

Batallando, se enfiló hacia la carretera, al llegar arriba y ver el panorama que le aguardaba, se le enchinó la piel y lo bañaron una lluvia de escalofríos. En la carretera se veían cuatro líneas de llantas marcadas, como de treinta metros, y terminaban en el talud de piedras con el que se habían estrellado, la carretera estaba llena de pedazos de fantasmas destruidos, sólo los alambrones pelados de cada uno yacían esqueléticos sobre sus bases. Caminó como treinta y cinco metros y contó cinco fantasmas derribados. Sabía que era delito federal y que costaban mucho dinero dañarlos, su padre siempre hacía énfasis en las cosas que no debían hacer y en las consecuencias que las mismas podían ocasionar, así que comenzó a doblar los alambrones y a tapparlos con ramas que cortaba de los matorrales que habían debajo del camino, con otras ramas empezó a barrer la carretera para desaparecer toda evidencia, pues ya casi amanecía y pensó que limpio, la policía no notaría nada. No sabía si por fortuna o infortunio, desde el accidente, no había pasado un solo carro y ya pasaban más de veinte minutos y empezaba a clarear.

Se paró a esperar la pasada de los primeros vehículos, y el primero, fue un camión que se dirigía a Tijuana, se pasó de largo, no le hizo caso. Luego pasó un carro pequeño, también rumbo a Tijuana. Al fin, vio un camión que venía para Ensenada, era de pasajeros, le hizo la parada y no se detuvo, quizás por el lugar, era una curva muy pronunciada. Se empezó a desesperar y comenzó a caminar.

Ya más clara la mañana, había caminado como un kilómetro aproximadamente, vio una camioneta con placas americanas con rumbo a Ensenada, les pidió raite, se detuvieron y el señor le preguntó:

— ¿A dónde vas?

— A Ensenada, a la colonia Obrera, le dijo.

— ¡Súbete, ahí donde quepas!

La camioneta venía repleta de familia, se dirigían a visitar a sus familiares, ellos vivían en Los Ángeles, y cada fin de semana hacían esta visita. El señor le preguntó su nombre y le dijo que por qué andaba por aquí a esta hora. Les contó lo del accidente y le preguntaron angustiados si había habido algún muerto. Les detalló todo lo que les había pasado, que relativamente estaban bien, que ellos le pidieron que buscara ayuda y le aseguraban que se podían aguantar hasta que regresara. Todos se tranquilizaron, pues venían atentos a su relato.

La señora le dio una bolsita de plástico con dos hielos y le dijo que se la pusiera en el chipote, para que se le desinflamara, él hacía como que se la ponía, pues creía que eso le haría daño.

Al ir entrando a Ensenada, por el muelle, se acordó que era domingo y tenía juego de fútbol contra el equipo del Cuartel de la Marina y ahí al entrar estaba el campo, pensó en la oportunidad de escapar del gran problema que tenía, mismo que no sabía cómo enfrentar, su juego había empezado a las nueve de la mañana y ya pasaban quince minutos, así que mintiendo, le dijo al señor que ahí lo dejara, que iba a ir con su hermano, que estaba encuartelado en la Marina Naval para que él los ayudara. El señor se detuvo en la esquina y se bajó, les dio las gracias y se fue corriendo al campo. Al llegar, el Güero, D. T. del equipo y hermano de Azahel, también jugador del equipo, dijo asombrado...

— ¿Qué pasó chaparro? ¿Por qué llegas hasta ahorita? ¿Y tus cosas?

— No las traigo, es que vengo de un trabajo y no alcancé a ir por ellas.

No le cuestionó más y comenzó a conseguirle taquetes, medias, etc., todo el uniforme, pues Mirgo era muy importante en la delantera, y además, no estaban completos. Del accidente, no mencionó ni media palabra.

Entró al juego, y comenzó a jugar sin poder concentrarse en las jugadas, los balones los perdía fácilmente. No sabía cómo encontrar la manera de decirles lo que había pasado, se sentía culpable, con mucho miedo, pero a la vez dejaba que pasara el tiempo, como si así se olvidara todo y, no sabía qué, pero miles de cosas pasaban por su mente en esos momentos. Como a los treinta minutos de juego, escuchó un silbido muy singular para él y de reojo volteó hacia la banda y vio a su papá, siguió jugando, haciéndose como que no se daba cuenta de su presencia, le siguió silbando y después le gritó por su nombre y no volteaba, cuando vio que se metió al campo, el árbitro detuvo el juego, ya no pudo disimular y muy quitado de la pena corriendo se acercó jadeante.

— ¿Qué pasó papá?

Y ahí, delante de todos, su padre le dio un guantón en la cara que casi lo tumba...

— ¿Dónde estuviste toda la noche?

Lo cogió del brazo y lo llevó al camión dompe en el que trabajaba transportando arena, grava, piedras, etc. El camión era muy alto, así que lo subió casi aventándolo, estaba muy enojado. Echó a andar el camión y le dio rumbo a su casa y veía cómo los ojos de su padre casi se le salían de la rabia. Le volvió a gritar:

— ¡Dónde estuviste toditita la noche, sinvergüenza!

Y no sabía cómo decirle, pues se dio cuenta del gran error que había cometido.

Don Jairo le dio otro golpe en la cara y le dijo:

— ¡Tu madre toda angustiada, no ha pegado un ojo en toda la noche! ¿Cómo es posible que te valga tan poco tu familia? —¿Dónde estuviste? Es la última vez que te pregunto.

Sentenció el padre.

— Papá, tuvimos un accidente anoche.

Detuvo el camión a media calle y le comenzó a pegar con las dos manos abiertas, en la cara y cabeza, al tiempo que le decía:

— ¿Cállate hocicón mentiroso! ¡A mi no me vas a ver la cara!

— ¡Papá, te juro que no estoy mintiendo!

Y sin dejar de hablar, le dijo lo que había pasado, que le habían mandado a pedir ayuda y que no supo cómo decirle al Güero, pues tenía mucho miedo y llorando le pidió perdón, le dijo que los muchachos estaban en el barranco, cerca de la Misión, que estaban esperándolo con ayuda. El señor comenzó a llorar de impotencia e incredulidad, quizás por lo que escuchó de los labios de su hijo. Le dijo que lo que había hecho, no creería que alguien con corazón lo podría hacer, sólo él.

Su papá cargó gasolina, se fueron rumbo al lugar del accidente, El señor detuvo a una ambulancia de la Cruz Roja que estaba cerca del muelle, les dijo del accidente para ver si sabían algo de los jóvenes. Mirgo escuchó que le dijeron algo como que se atendieron a unos accidentados, pero habían sido otros paramédicos los que atendieron ese caso.

En el camino, su papá le fue recriminando su actitud, puso de ejemplos muchas situaciones en las que le hizo ver la gravedad de sus acciones y falta de sensibilidad. Darle más importancia al juego que a la vida misma. Le dolían cada una de las palabras que le decía y cada vez que su papá lo veía a los ojos, sentía que tenía ganas de darle más golpes, hasta que entendiera la gravedad de sus actos.

Al llegar al lugar, comenzó a temblar de miedo, estaban tres patrullas de la Federal de Caminos con los códigos encendidos y una grúa intentando sacar el carro del barranco. Los policías no les permitieron detenerse y más delante, Don Jairo, detuvo su camión, se bajó y fue rumbo a los policías. Habló con ellos

y le dijeron que estaban detenidos los tres en Tijuana. El Zuly, estaba delicado, pero estable, que estaba en el hospital de Tijuana, y que en cuanto lo dieran de alta lo iban a meter a la cárcel. Azahel y Tommy, estaban en el centro para menores infractores hasta que fueran sus padres a reclamarlos.

Don Jairo volvió al camión peor de enojado. Al subirse le volvió a dar otro golpe en las cabeza, bien duro y se aguantó, no se movió, se le derramó una lágrima.

— ¿Cómo es posible que hayas hecho esto?

Muy abrumado, el señor le dijo que si iba a hacer lo que se le diera la gana, que no debía estar en la casa causándole angustias a su madre.

Durante el trayecto de regreso Mirgo comenzó a reflexionar, no sólo de lo que ese día había hecho, sino de todo lo que hacía, sabía que no estaba bien. Pensó en su situación, siempre en conflictos, llevándose entre ellos a su familia. En ese momento pudo reaccionar que tenía una familia completa, con la que podía contar siempre, y él, todo el tiempo en la calle arriesgando su vida, y sobre todo, poniéndola siempre en jaque, cada vez que se metía en problemas, era lógico, pues aunque trabajaba, no estudiaba y, quizás esa condición le privaba para pensar mejor, tal vez en otras formas de comportamiento. Fue tan fuerte el remordimiento que le causaba su actitud y lo que pudieran estar pasando sus amigos allá en Tijuana, detenidos. Pensando que todo eso era su culpa, que cuando llegaron a su casa, abrazó a su madre, le pidió perdón y le prometió que entraría a terminar la secundaria y que estudiaría siempre hasta tener una carrera, para que se sintieran orgullosos de él. Ella, con lágrimas en los ojos, asintió, lo abrazó fuerte, al tiempo que le decía:

— Todos en la vida nos equivocamos, pero podemos recuperarnos. Tú eres muy luchón y sé que vas a lograrlo.

Ahora sus amigos, Azahel, Tommy y el Zuly, recuerdan con mucha risa la gran irresponsabilidad de los cuatro, pero sobre todo, nadie hubiera lo creído. Fue increíble la inocente pero irresponsable ocurrencia de Mirgo.

*“Nadie lo hubiera creído”, en **Cuentos para todos**,  
por Bruno Maxwell, México, 2010.*